

## **Alerta! Una feminista incógnita en tu casa!**

Nos juntamos un grupo de mujeres a conversar sobre feminismo, para reforzar un proyecto que estamos armando con lideresas de organizaciones sociales. Pensamos que si queremos compartir nuestras ideas, es importante aclararlas y no suponer que estamos de acuerdo porque decidimos apretarnos juntitas bajo el amplio paraguas del “feminismo popular”. Ambas palabras han ido mutando, ganando y perdiendo potencia dependiendo de las circunstancias, y necesitamos analizarlas profundamente si es que deseamos conectarlas con posibles procesos de cambio hacia una sociedad más igualitaria.

Entonces asumimos el reto de conversar desde el inicio, siguiendo los dispersos hilos de nuestras convicciones, intuiciones y dudas hacia los orígenes de nuestra identificación con el tema. No me sorprendió que la primera compañera en hablar empezara describiendo a su mamá. Que nos contara como desde niña reconoció en ella cualidades que luego ha encontrado en otras mujeres admiradas: independencia y gran capacidad para sostener económica y afectivamente a su familia, en un hogar donde el padre estuvo ausente.

Sin embargo al presentarnos contando la historia de nuestros nombres, los padres aparecieron repetidas veces en los relatos. Tuvieron un peso importante al momento de nombrarnos pero esa gravitación se debilitaba al contar como crecimos. De algún modo quisieron prefigurar nuestras identidades a través de los nombres elegidos pero no siempre estuvieron ahí para hacerlo mediante la interacción cotidiana en el espacio doméstico. Así, espontáneamente, las figuras maternas predominaron como nuestros primeros referentes de autonomía y resistencia.

Cuando llegó mi turno también coincidí. Mi mamá nunca se ha considerado feminista pero su vida ha sido y es un ejemplo de lo que asocio con las reivindicaciones que desde hace décadas son peleadas diariamente por millones de mujeres. Mi padre ha marcado fuertemente mis intereses e ideales, pero creo que es mi madre quien me enseñó a relacionarme con el mundo. A no desistir en el intento de hacerlo con apertura y buen humor aunque a veces cueste tanto.

Ahora que pasé por varios años la edad en la que ella me tuvo, no dejo de sorprenderme al no tener recuerdos suyos angustiada o estresada, a pesar de que sobre ella recayeran las mayores responsabilidades al criar a sus hijas. Como tantas otras madres separadas, como las que mis compañeras describieron, ella nunca dejó de trabajar ni de cuidarnos incansable y tiernamente. Admirada, intento absorber sus estrategias para balancear fragilidad y fuerza, siguiendo con atención su capacidad de disputar espacios en el plano laboral e incluso en la vida política local sin perder la amabilidad ni la sonrisa.

Esa tarde, también coincidimos en preguntarnos cómo dejar de asumir al feminismo como sinónimo de mujer. Cómo convocar hombres a trabajar juntos, sabiendo que así como nuestras madres no necesitaron autodenominarse feministas para transformar el contexto, hay muchísimos hombres que hacen lo mismo con sus acciones cotidianas. Mientras pensamos cómo lograr que puedan convertirse en mayoría, reconoczcamos a las madres que sin proponérselo resultan ser la más potente y amorosa desmentida a los estereotipos retrógrados de la publicidad que contamina su día. ¡Parece que los publicistas no tuvieron la suerte de crecer junto a feministas de incógnito!